



Un chileno diferente

Por Hugo Goldack

Hay personas de tal calidad humana y tal belleza moral que uno llega a pensar que la propia vida y sus sabores se justifican por el solo hecho de haber disfrutado de su amistad. Uno de esos seres extraordinarios fue el poeta Julio Arriagada Augier, que en los años veinte formó parte de una litigiosa generación de soñadores y que, decenios más tarde, habría de acompañar al Presidente Gabriel González Videla, durante sus seis años de Gobierno, como brillante subsecretario de Educación. Yo, a mi vez, lo secundé como una especie de asesor en materias culturales. Y esto, que dicho así y separado de su contexto histórico pareciera haber sido más un pasatiempo burocrático que una dura faena, fue algo difícil de imaginar en nuestros días.

Tenía Julio la pasión de la cultura. Y la sentía con tal vehemencia y devoción, que nadie que se acercara a su escritorio dejaba de adquirir el divino contagio. Vi a ministros políticos olvidarse de las encarrizadas batallas partidarias, los furibundas acuerdos de comités centrales o ejecutivos y de los coteos administrativos, que se peleaban y regateaban entonces con avidéz e intransigencia de zoco o de feria, para echar sus cuartos de espada en sutiles debates literarios o extasiarse contemplando buena pintura.

Su poder de persuasión consiguió que un distinguido hombre de negocios, que ocupó más de una vez carteras de economía y de finanzas y cuya mayor preocupación —muy digna, por lo demás— era el problema de la sensibilidad social, se interesara por traer a Chile, por primera vez, las obras maestras de la pintura impresionista francesa y, luego, las de la Escuela de París, resolviéndose el problema más pelagudo, que era el del flete marítimo, debido a que no es recomendable trasladar cuadros por vía aérea. "Los de cuarenta para arriba" ya habrán deducido que hablo de don Carlos Vial Espinosa.

Es difícil concebir un hombre más dinámico que Julio. Y más hábil para encontrar recursos en un país que nunca se ha distinguido, pese a su fama internacional de culto, por hacer mucho por atizar los fuegos de la inteligencia. Por el contrario, como ya lo dije hace unos días, nuestra verdadera vocación es la de "apagadores culturales". Pero a Julio Arriagada esas cosas no lo arredraban. Un día, siendo, aún, contador general del Ministerio de Educación (acababa de fallecer don Pedro Amador Cerda y mantenía la

el presupuesto, y antes que finara el año y fueran a parar a rentas generales, llamó al poeta Jerónimo Lagos Lisboa, a la sazón Presidente de la Sociedad de Escritores, y le dijo: Ahora, "gallo" (era el apelativo que reservaba a sus mejores amigos), tenemos el Premio Nacional de Literatura "pesado de las mechas". Se fueron a hablar con el ministro, que era el conocido educador don Aquilino Vergara y le solicitaron que creara la tan esperada recompensa.

—Si en mi mano estuviera, don Jerónimo, se lamentó el ministro, lo haría. Pero, el país está tan pobre. Falta viviendas, caminos, hospitales... Si voy a plantear esto al Vicepresidente, me echa "con viento fresco"... ¿No cree Ud. así, don Julio?

Este, que escuchaba sonriendo sibilinamente la jeringada ministerial, se limitó a decirle:

—En la Ley de Alcoholes sobran cincuenta mil pesos, que van a perderse. Cree el premio ahora, de facto, y después, con más tiempo, tramitamos la ley respectiva.

—Está bien, pero, ¿qué le argumento al Vicepresidente si se niega a firmar?

—Dígale que firme, no más, porque cuando se vaya de la Presidencia, por lo único que lo recordarán será por la creación del Premio Nacional de Literatura...

Esta anécdota se la escuché muchas veces a él y a Jerónimo Lagos Lisboa, pero ninguno de los autores que ha escrito folletos o libros sobre la historia de este galardón, el más alto que confiere el Estado a sus grandes creadores, le ha hecho justicia al verdadero padre del disputadísimo Premio.

Arriagada Augier organizó el primer Instituto de Investigaciones Literaria, el Museo de Arte Moderno, en el antiguo y abandonado Partenón de la Quinta Normal, de Santiago, la Compañía de Teatro del Ministerio de Educación, que puso en las expertas manos de Hugo Miller, y la Sala de Exposiciones del Ministerio, en plena Alameda Bernardo O'Higgins. Dio un nuevo sentido al Departamento de Cultura y Publicaciones. Modernizó la Escuela Nacional de Artes Gráficas para intentar formar en ella la Editorial Cultural del Estado, vieja aspiración de todos los intelectuales, protegió las ediciones que los propios escritores financiaban a trueque de serias privaciones, renovó las bibliotecas de todos los hechos con otras nacionales y envió embajadas artísticas a todas las provincias. Casi me

657124

El Diario Austral Temuco, 10-1-1982 p.2

Un chileno diferente [artículo] Hugo Goldsack.

Libros y documentos

AUTORÍA

Goldsack, Hugo, 1915-1988

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un chileno diferente [artículo] Hugo Goldsack.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile